

El libro azul de los cuentos de hadas



LAS TRES EDADES

Y DIJO LA ESFINGE:
SE MUEVE A CUATRO PATAS POR LA MAÑANA,
CAMINA ERGUIDO AL MEDIODÍA
Y UTILIZA TRES PIES AL ATARDECER.
¿QUÉ COSA ES?
Y EDIPO RESPONDIÓ: EL HOMBRE.

Todos los derechos reservados.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Título original: *The Blue Fairy Book*
En cubierta: Estampado Crisantemo, William Morris (1877),
The Smithsonian Institution © de la imagen enriquecida: rawpixel
Diseño gráfico: Gloria Gauger
© De la traducción, Lorenzo Luengo
© Ediciones Siruela, S. A., 2026
c/ Almagro 25, ppal. dcha.
28010 Madrid.
Tel.: + 34 91 355 57 20
www.siruela.com
ISBN: 979-13-87688-99-8
Depósito legal: M-3.494-2026
Impreso en Cofás
Printed and made in Spain

Papel 100% procedente de bosques gestionados
de acuerdo con criterios de sostenibilidad

Andrew Lang

EL LIBRO AZUL
DE LOS CUENTOS
DE HADAS

Traducción del inglés
de Lorenzo Luengo

Ilustraciones de
H. J. Ford y G. P. Jacomb-Hood

 Siruela

Biblioteca de Cuentos Populares



A Elspeth Angela Campbell

*¡Oh! Tan tarde, tan tarde, a tu vida han llegado
estos viejos amigos que jamás envejecen,
criaturas de un libro encantado.*

*¿Pues no es hoy que has viajado a esos mundos pasados,
y has traído contigo tantos viejos secretos
de aquel tiempo feliz e ignorado?*

*Yo diría que han vuelto todas estas historias
a la vida por ti, cual la Bella Durmiente
despertase en su lecho de rosas...*

*Tal vez viajes de nuevo por los bosques sombríos,
conocidos o no, pero todos antiguos,
transidos de magia y rocío,*

*donde tú, retomando tus cosas de niña,
volverás a sentarte entre reyes, oyendo
los cantos del Pájaro Lila;*

*beberás de su vino, de tan rojo color,
y nadie habrá sido mejor recibido
en todo el país de Oberón.*

*Y sobre ese banquete los pequeños, mañana,
asombrados oirán muchas nuevas historias,
cuando tú —ay— ya seas anciana.*

*¡Cuando seas anciana! ¡Qué improbable momento!
Pues si llega ese día la belleza habrá muerto,
y el verano será solo un recuerdo...*

Índice

Prefacio	11
Introducción	13
El anillo de bronce	23
El príncipe Deseado y la princesita Adorable	34
El este del sol y el oeste de la luna	41
El Enano Amarillo	51
Caperucita Roja	70
La bella durmiente del bosque	73
Cenicienta, o la zapatilla de cristal	82
Aladino y la lámpara maravillosa	89
El cuento del joven que viajó para saber lo que era el miedo	103
Rumpelstiltzkin	114
La bella y la bestia	118
El ama de llaves	135
Por qué está salado el mar	149
El gato con botas	154
Felicia y el tiesto de clavelinas	159
La gata blanca	167
El nenúfar. Las hilanderas de oro	182
La Cabeza Terrible	191
El cuento de Ricitos de Oro	201

La historia de Whittington	213
La oveja maravillosa	221
Pulgarcito	234
Los cuarenta ladrones	243
Hansel y Gretel	253
Blancanieves y Rojaflor	262
La niña de los gansos	269
Sapos y diamantes	277
El príncipe encantador	280
Barbazul	291
El fiel Juan	296
El sastrecillo valiente	304
Un viaje a Lilliput	313
La princesa de la colina de cristal	330
La historia del príncipe Ahmed y el hada Paribanou	339
La historia de Jack el Matagigantes	365
El toro negro de Norrøway	370
Etin el Rojo	375

Prefacio

Los cuentos reunidos en este volumen están dirigidos a los niños, con la esperanza de que disfruten de las narraciones tradicionales que han encandilado a tantas generaciones.

Los cuentos de Perrault siguen la antigua versión inglesa publicada en el siglo XVIII.

Las historias del *Cabinet des Fées*, de madame d'Aulnoy, han sido traducidas, o mejor habría que decir adaptadas, por Minnie Wright, que, con la amable venia de Henri Carnoy, también nos ofrece aquí su versión de «El anillo de bronce», que Carnoy incluyó en sus *Traditions Populaires de l'Asie Mineure* (Maisonneuve, París, 1889).

Las historias de los hermanos Grimm han sido traducidas por May Sel-lar; otra historia escrita originalmente en alemán aparece aquí en la traducción de Sylvia Hunt; los cuentos nórdicos se publican según la versión de la esposa de Alfred Hunt; «La cabeza terrible» es una adaptación de Apolodoro, Simónides y Píndaro en la pluma del editor; Violet Hunt condensó «Aladino»; May Kendall hizo lo propio con *Los viajes de Gulliver*; «El hada Paribanou» es una versión reducida de la antigua traducción inglesa de Galland.

La familia Chambers ha tenido la amabilidad de permitirnos reimprimir «Etin el Rojo» y «El toro negro de Norroway», procedentes de *Popular Traditions of Scotland*, de Robert Chambers.

«La historia de Whittington» proviene del folletín editado por Gomme y Wheatley para la Villon Society; «Jack el Matagigantes» proviene de otro folletín, pero no es fácil hacerse con una buena versión de esta historia admirada por tantos.

ANDREW LANG

EL ANILLO DE BRONCE

Érase una vez un país en el que vivía un rey cuyo palacio estaba rodeado de un espacioso jardín. Pero, por más que los jardineros fueran muchos y la tierra fuera buena, aquel jardín no daba flores ni frutos, ni siquiera hierba o árboles umbrosos.

Andaba por ese motivo desesperado el rey cuando un sabio anciano le dijo:

—Vuestros jardineros no conocen su tarea. Pero ¿qué puede uno esperar de hombres cuyos padres eran carpinteros y zapateros remendones? ¿Cómo iban ellos a aprender el mejor modo de cultivar vuestro jardín?

—Tienes mucha razón —exclamó el rey.

—Por lo tanto —prosiguió el anciano—, deberíais salir en busca de un jardinero cuyo padre y cuyo abuelo hayan sido jardineros antes que él, y muy pronto vuestro jardín estará cubierto de hierba verde y de alegres flores, y te deleitarás en sus deliciosos frutos.

Y dicho y hecho, el rey envió a sus mensajeros a cada ciudad, pueblo y aldea que había en sus dominios, para que buscasen a un jardinero cuyos antepasados hubieran sido jardineros también, y cuarenta días después encontraron a uno.

—Ven con nosotros y serás el jardinero del rey —le dijeron.

—Pero ¿cómo va a presentarse ante el rey —replicó el jardinero— un pobre diablo como yo?

—Eso es lo de menos —le respondieron—. Toma, aquí tienes ropa nueva, para ti y tu familia.

—Pero es que le debo dinero a algunas personas...

—Nosotros nos encargaremos de pagar tus deudas —le dijeron.

El jardinero se dejó convencer y marchó con los mensajeros, acompañado de su mujer y su hijo; y el rey, complacido por haber encontrado



a un jardinero de verdad, le confió el cuidado de su jardín. El hombre no tuvo dificultad alguna en hacer que el jardín real produjera flores y frutos, y cuando el año terminó el parque no parecía el mismo, y el rey inundó de regalos a su nuevo criado.

El jardinero, como ya habéis oído, tenía un hijo, un jovencito muy guapo, de muy agradables maneras, y cada día llevaba los mejores frutos del jardín al rey, y las flores más bonitas a su hija. Pues bien, esta princesa era increíblemente bella y ya tenía dieciséis años, y el rey empezaba a pensar que iba siendo hora de casarla.

—Mi querida niña —le dijo—, estás en edad de tomar esposo, así que estaba pensando casarte con el hijo de mi primer ministro.

—Padre —replicó la princesa—, nunca me casaré con el hijo del ministro.

—¿Por qué no? —preguntó el rey.

—Porque estoy enamorada del hijo del jardinero —respondió la princesa.

Al escuchar aquello, lo primero que hizo el rey fue enfadarse mucho, pero luego rompió a sollozar y suspirar, y afirmó que un marido así no era digno de su hija; nada, sin embargo, sirvió para que la joven princesa desechara su decisión de casarse con el hijo del jardinero.

El rey consultó entonces a sus ministros.

—Esto es lo que debes hacer —le dijeron—. Para librarte del jardinero, tienes que enviar a los dos pretendientes a un país muy lejano, y el que regrese primero se casará con tu hija.

El rey siguió aquel consejo, y al hijo del ministro se le obsequió con un espléndido caballo y una bolsa llena de monedas de oro, mientras que al hijo del jardinero le dieron un caballo viejo y tullido y una bolsa llena de monedas de cobre, y todo el mundo pensó que nunca volvería de su viaje.

El día anterior a su partida, la princesa se reunió con su amante y le dijo:

—Sé valiente, y nunca olvides que te amo. Toma esta bolsa llena de joyas y haz el mejor uso posible de ellas en nombre del amor que sientes por mí, y regresa lo más rápido que puedas para pedir mi mano.

Los dos pretendientes abandonaron juntos la ciudad, pero el hijo del ministro partió al galope en su buen corcel, y muy pronto se perdió de vista tras las más lejanas montañas. Siguió viajando durante varios días, hasta que por fin llegó a una fuente junto a la cual una anciana harapienta estaba sentada sobre una roca.

—Buenos días tenga usted, joven viajero —le dijo.

Pero el hijo del ministro no se molestó en responder.

—Tenga compasión de mí, viajero —volvió a decir la mujer—. Me muero de hambre, como bien puede ver, y tres días llevo aquí sin que nadie me haya dado nada.

—Déjame en paz, bruja —exclamó el joven—. No puedo hacer nada por ti. Y diciendo aquello, siguió su camino.

Aquella misma tarde el hijo del jardinero llegó hasta la fuente en su tullido caballo gris.

—Buenos días tenga usted, joven viajero —le dijo aquella pobre mendiga.

—Buenos días, buena mujer —respondió el muchacho.

—Tenga piedad de mí, joven viajero.

—Sujete mi bolsa, buena mujer —le dijo—, y monte en la grupa, pues sus piernas no parecen muy firmes.

La anciana no esperó a que se lo dijese dos veces, y montó en la grupa, y de esa manera llegaron a la ciudad principal de un poderoso reino. El hijo del ministro se alojó en su mejor posada; el hijo del jardinero y la anciana bajaron de la montura frente a la posada destinada a los pobres.

Al día siguiente, el hijo del jardinero escuchó un tremendo ruido procedente de la calle, y vio que pasaban por allí los heraldos del rey, haciendo sonar toda clase de instrumentos y exclamando:

—El rey, nuestro señor, está viejo y enfermo. Dará una recompensa a quien le cure de su aflicción y le devuelva el vigor de su juventud.

La anciana mendiga dijo entonces a su benefactor:

—Esto es lo que debes hacer para obtener la recompensa que el rey promete. Sal de la ciudad por la puerta sur, y allí encontrarás tres perritos de diferentes colores; el primero será de color blanco, el segundo negro, y el tercero rojo. Debes matarlos y quemarlos por separado, y luego recoger las cenizas. Mete las cenizas de cada perro en una bolsa de su propio color, luego ve ante la puerta de palacio y exclama: «Un famoso médico ha venido procedente de Janina, ciudad de Albania. Solo él puede curar al rey y devolverle el vigor de su juventud». Los médicos del rey dirán: «Es un impostor, no un sabio», y pondrán todo tipo de dificultades, pero tú las superarás todas, y te presentarás ante el rey enfermo. Deberás exigir entonces tanta leña como puedan cargar tres mulas, y un enorme caldero, y tendrás que encerrarte en una habitación con el sultán, y cuando el caldero empiece a hervir deberás arrojar al sultán a su interior, y lo dejarás allí hasta que su carne esté completamente separada de sus huesos. Luego habrás de ordenar los huesos de la manera correcta, y echar encima las cenizas de las tres bolsas. El rey volverá a la vida y será exactamente igual que cuando tenía veinte años. Como recompensa deberás pedirle el anillo de bronce: su poder es el de concederte todas las cosas que más desees. Ahora ve, hijo mío, y no olvides mis instrucciones.

El joven siguió las indicaciones de la mendiga. Al salir de la ciudad vio el perro blanco, el negro y el rojo, y los mató y los quemó, y recogió las cenizas en tres bolsas. Luego corrió al palacio y exclamó:

—Un famoso médico ha venido procedente de Janina, ciudad de Albania. Solo él puede curar al rey y devolverle el vigor de su juventud.

Los médicos del rey al principio se rieron de aquel desconocido peregrino, pero el sultán ordenó que dejaran pasar al forastero. Trajeron el montón de leña y el caldero, y enseguida el rey estaba hirviendo en él. A mediodía el hijo del jardinero colocó los huesos en su lugar correspondiente, y apenas hubo esparcido las cenizas sobre ellos cuando el viejo rey resucitó, para encontrarse de nuevo joven y lleno de vigor.

—¿Cómo puedo recompensarte, benefactor mío? —exclamó—. ¿Quieres la mitad de mis tesoros?

—No —dijo el hijo del jardinero.

—¿La mano de mi hija?

—No.

—Toma pues la mitad de mi reino.

—No. Dame solo ese anillo de bronce que puede concederme al instante cualquier cosa que desee.

—¡Ay! —dijo el rey—. Muchos tesoros he conseguido gracias a ese maravilloso anillo; sin embargo, debe ser tuyo.

Y se lo entregó.

El hijo del jardinero volvió sobre sus pasos para despedirse de la anciana mendiga; después dijo al anillo de bronce:

—Prepárame un espléndido navío en el que pueda proseguir mi viaje. Que el casco sea de oro, los mástiles de plata, las velas de brocado; que la tripulación la constituyan doce jóvenes de noble apariencia, vestidos como reyes. San Nicolás estará al timón. En cuanto al cargamento, que sean diamantes, rubíes, esmeraldas y carbunclos.

Y de inmediato un barco apareció en el mar, idéntico en cada detalle a la descripción dada por el hijo del jardinero, quien, tras subir a bordo, prosiguió su viaje. Enseguida llegó a una gran ciudad y se estableció en un maravilloso palacio. Tras varios días se encontró con su rival, el hijo del ministro, que se había gastado todo su dinero y se veía reducido al desagradable trabajo de basurero. El hijo del jardinero le preguntó:

—¿Cuál es tu nombre, a qué familia perteneces, y de qué país procedes?

—Soy el hijo del primer ministro de una gran nación, y, con todo, mira a qué degradante ocupación me veo reducido.

—Escúchame: aunque no sé nada más de ti, tengo el deseo de ayudarte. Te daré un barco para que puedas regresar a tu país con una condición.

—Sea esta cual sea, la acepto de buen grado.

—Sígueme a mi palacio.

El hijo del ministro siguió a aquel acaudalado extranjero, a quien no había reconocido. Cuando llegaron al palacio, el hijo del jardinero hizo un gesto hacia sus esclavos, que desvistieron por completo al recién llegado.

—Poned este anillo al rojo vivo —ordenó el amo— y marcad la espalda de este hombre.

Los esclavos le obedecieron.

—Bien, joven —dijo el acaudalado extranjero—, voy a darte un barco que te llevará de vuelta a tu país.

Y, saliendo del palacio, tomó el anillo de bronce y dijo:

—Anillo de bronce, obedece a tu señor. Prepárame un barco cuyos leños medio podridos estén pintados de negro, que sus velas sean harapos y los marineros estén endeble y enfermos. Uno habrá perdido una pierna, otro un brazo, un tercero tendrá joroba, otro será cojo o tendrá el pie hendido o será ciego, y la mayoría serán feos y estarán cubiertos de cicatrices. Adelante, ejecuta mis órdenes.

El hijo del ministro se embarcó en aquel viejo navío, y, gracias a los vientos favorables, consiguió llegar a su país. Pese a la lamentable condición en la que regresaba, la gente le recibió con alegría.

—He sido el primero en regresar —le dijo al rey—: ahora cumple tu promesa y dame a la princesa en matrimonio.

No tardaron ni un segundo en hacer los preparativos para la boda. La pobre princesita estaba muy triste y enfadada con todo aquello.

A la mañana siguiente, a la hora del alba, un maravilloso barco con todas las velas desplegadas echó anclas ante la ciudad. Daba la casualidad de que en ese momento el rey estaba asomado a la ventana del palacio.

—Qué barco tan extraño es ese —exclamó—, pues su casco es de oro, sus mástiles son de plata y sus velas de seda, ¿y quiénes son esos jóvenes principescos que lo tripulan? ¿Y no estoy viendo a san Nicolás en el timón? Id enseguida e invitad al capitán de ese barco a que venga a mi palacio.

Sus criados le obedecieron, y muy pronto el rey recibió a un joven príncipe encantadoramente guapo, vestido con suntuosas sedas, y ornamentado con perlas y diamantes.

—Joven —dijo el rey—, eres bienvenido, seas quien seas. Hazme el favor de ser mi invitado mientras permanezcas en mi capital.

—Muchas gracias, señor —replicó el capitán—, acepto vuestro ofrecimiento.

—Mi hija está a punto de casarse —dijo el rey—. ¿Harás el honor de entregarla?

—Será un placer, señor.

Enseguida llegaron la princesa y su prometido.

—Un momento, ¿qué es esto? —exclamó el joven capitán—. ¿Vais a casar a esta encantadora princesa con un hombre semejante?

—¡Pero si es el hijo de mi primer ministro!

—¿Y eso qué importa? No puedo entregar a tu hija. El hombre al que ha sido prometida es uno de mis criados.

—¿Tu criado?

—Sin duda. Lo conocí en una ciudad lejana, reducido al trabajo de basurero de casa en casa. Me compadecí de él y lo sumé a la hueste de mis criados.

—¡Eso es imposible! —exclamó el rey.

—¿Queréis que demuestre lo que digo? Este joven regresó en un barco que apresté para él, un barco innavegable con un baqueteado casco negro, y todos sus marineros estaban enfermos o incapacitados.

—Eso es cierto —dijo el rey.

—¡Es falso! —exclamó el hijo del ministro—. ¡No conozco de nada a ese hombre!

—Señor —dijo el joven capitán—, ordenad que desvistan al prometido de vuestra hija y veréis la marca de mi anillo grabada a fuego en su espalda.

El rey estaba a punto de dar la orden cuando el hijo del ministro, para salvarse de tamaña indignidad, admitió que la historia era cierta.

—Y ahora, señor —dijo el joven capitán—, ¿me reconocéis?

—Yo sí te reconozco —dijo la princesa—. Eres el hijo del jardinero, a quien siempre he amado, y es contigo con quien quiero casarme.

—Joven, serás mi yerno —exclamó el rey—. Los preparativos para la boda ya han comenzado, así que te casarás hoy mismo con mi hija.

Y así, aquel día el hijo del jardinero se casó con la hermosa princesa.

Pasaron varios meses. La joven pareja era tan feliz como largo es el día, y el rey estaba cada vez más satisfecho consigo mismo por tener un yerno como aquel.

Pero un día el capitán del barco de oro sintió la necesidad de hacer un largo viaje y, tras abrazar tiernamente a su esposa, se embarcó.

Pues bien: en las afueras de la capital vivía un judío que había pasado toda su vida estudiando las artes oscuras: alquimia, astrología, magia y hechizos. Aquel hombre descubrió que el hijo del jardinero había conseguido casarse con la princesa gracias a la ayuda del genio que obedecía al anillo de bronce.

—Tengo que hacerme con ese anillo —dijo para sí.

De modo que marchó a la orilla y pescó unos pececillos rojos. Ciertamente, eran unos peces de lo más bonitos. Luego regresó y, al pasar por delante de la ventana de la princesa, comenzó a gritar:

—¿Quién quiere unos bonitos pececillos rojos?

La princesa le escuchó, y envió a uno de sus esclavos, que dijo a aquel anciano judío:

—¿Qué pides a cambio de tu pez?

—Un anillo de bronce.

—¿Un anillo de bronce, viejo bobo? ¿Y dónde voy a encontrar yo un anillo de bronce?

—En la alcoba de la princesa, debajo de la almohada.

El esclavo regresó con su señora.

—Ese viejo chiflado no quiere ni oro ni plata —le dijo.

—¿Qué es lo que quiere, entonces?

—Un anillo de bronce que hay debajo de una almohada.

—Busca pues ese anillo y dáselo —respondió la princesa.

Por fin, el esclavo encontró el anillo de bronce, que el capitán del barco de oro había dejado allí sin querer, y se lo dio al judío, que se marchó con él sin esperar un instante.

Apenas llegó a su casa, tomando el anillo, dijo:

—Anillo de bronce, obedece a tu señor. Deseo que el barco de oro se convierta en madera negra, y que la tripulación esté compuesta de repugnantes negros; que san Nicolás abandone el timón, y que el único cargamento sean gatos negros.

Y el genio del anillo de bronce obedeció.

Viéndose en medio del mar en tan deplorable condición, el joven capitán comprendió que alguien debía de haberle robado el anillo de bronce, y se lamentó amargamente de su desgracia; pero no le sirvió de nada.

—¡Ay! —dijo para sí—, quien se ha llevado mi anillo seguramente se habrá llevado también a mi querida esposa. ¿De qué me valdría ahora regresar a mi país?

Y no dejó de navegar de isla a isla y de costa a costa, convencido de que allá adonde fuese la gente se reiría de él, y enseguida su pobreza fue tan grande que él y su tripulación y sus pobres gatos negros no tuvieron nada que comer, salvo hierba y raíces. Tras ir de acá para allá durante mucho tiempo llegó a una isla habitada solo por ratones. El capitán puso pie en tierra y comenzó a explorar el país. Había ratones y nada más que ratones por todas partes. Le habían seguido unos cuantos gatos y, como no habían comido nada en varios días, tenían un hambre terrible, y causaron un espantoso tumulto entre los ratones.

Así que la reina de los ratones celebró un consejo.

—Esos gatos nos comerán a todos —dijo— si el capitán del barco no encierra a tan feroces animales. Enviémosle una delegación compuesta por los más bravos entre nosotros.

Varios ratones se ofrecieron para esta misión y salieron en busca del joven capitán.

—Capitán —le dijeron—, apresúrese en abandonar nuestra isla o todos los ratones que vivimos en ella pereceremos.

—De buen grado —replicó el joven capitán—, pero con una condición. Que me devolváis un anillo de bronce que algún astuto mago me ha robado. Si no hacéis lo que os pido, soltaré a todos mis gatos en la isla y os exterminarán.

Los ratones se retiraron con gran consternación.

—¿Qué vamos a hacer? —dijo la reina—. ¿Cómo encontraremos ese anillo de bronce?

Celebró un nuevo consejo y llamó a todos los ratones de todos los rincones del planeta, pero nadie sabía dónde estaba aquel anillo de bronce. De pronto, tres ratonas llegaron de un país muy lejano. Una era ciega, la segunda era coja y la tercera tenía las orejas cortadas.

—¡Jo, jo, jo! —dijeron las recién llegadas—. Venimos de un país muy lejano.

—¿Sabéis vosotras dónde está ese anillo de bronce que obedece el genio?

—¡Jo, jo, jo! Claro que lo sabemos. Un malvado judío se ha apoderado de él, y desde entonces se lo guarda en un bolsillo durante el día y en la boca durante la noche.

—Id y arrebátadlo, y regresad lo antes posible.

De modo que las tres ratonas fabricaron un barco y zarparon al país del judío. Cuando llegaron a la capital saltaron a tierra y corrieron al palacio, dejando en la costa únicamente a la ratita ciega para que cuidase del barco. Entonces aguardaron a que cayera la noche. El judío se tumbó en la cama y se metió el anillo de bronce en la boca, y enseguida se quedó dormido.

—Bien, ¿qué hacemos? —se dijeron entre sí las dos ratoncitas.

La ratona que tenía las orejas cortadas encontró una lámpara llena de aceite y una botella llena de pimienta. Mojó entonces la cola, primero en el aceite y luego en la pimienta, y la puso debajo de la nariz del judío.

—¡Achís! ¡Achís! —estornudó el judío, pero no se despertó, aunque aquellas sacudidas hicieron que el anillo de bronce saltase de su boca. Rápida como el pensamiento, la ratona coja agarró tan precioso talismán y lo llevó hasta el barco.

¡Imaginad la desesperación de aquel mago cuando despertó y no fue capaz de encontrar el anillo de bronce por ninguna parte!

Pero para entonces nuestras tres ratoncitas ya habían zarpado con su tesoro. Un viento favorable las llevaba hacia la isla donde la reina de los ratones las aguardaba. Naturalmente, empezaron a hablar del anillo de bronce.

—¿Quién de nosotras merece más crédito? —gritaron todas al mismo tiempo.

—¡Yo lo merezco! —dijo la ratona ciega—, pues sin mi vigilancia nuestro barco se habría alejado a mar abierto arrastrado por la marea.

—No, nada de eso —exclamó la ratona de las orejas cortadas—, el crédito es todo mío. ¿No fui yo quien hizo que el anillo saltara de la boca del judío?

—No, el crédito es para mí —exclamó la ratona coja—, pues salí corriendo con el anillo.

Y entonces las palabras llevaron a los golpes, y ¡ay!, tan feroz fue la pelea que el anillo de bronce terminó por caer al mar.



—¿Y ahora cómo vamos a presentarnos ante nuestra reina —dijeron las tres ratonas—, cuando por nuestra estupidez hemos perdido el talismán y condenado a nuestra gente a ser exterminada? No podemos regresar a nuestro país; tomemos tierra en esa isla desierta y acabemos allí nuestras miserables vidas.

Aquello fue dicho y hecho. El bote alcanzó la isla y las ratonas tomaron tierra.

A la ratoncita ciega no tardaron en abandonarla sus dos hermanas, que corrieron a cazar moscas, pero mientras paseaba tristemente por la playa encontró un pez muerto, y no bien le hincó el diente, sintió que mordía algo duro. Al escuchar sus gritos, las otras dos ratoncitas corrieron a su lado.

—¡Es el anillo de bronce! ¡Es el talismán! —exclamaron llenas de alegría, y, saltando otra vez al bote, pronto alcanzaron la isla de los ratones. Y en buena hora lo hicieron, pues el capitán estaba a punto de soltar su cargamento de gatos cuando una delegación de ratones le llevó aquel precioso anillo de bronce.

—Anillo de bronce —ordenó el joven—, obedece a tu señor. Que mi barco tenga el mismo aspecto de antes.

De inmediato, el genio del anillo se puso a trabajar, y el viejo navío negro se convirtió una vez más en el maravilloso barco de oro con velas de brocado; los bellos marineros corrieron a los mástiles de plata y las cuerdas de seda, y muy pronto zarparon hacia la capital.

¡Ah! ¡Con qué felicidad cantaban los marineros mientras volaban sobre ese mar de cristal!

Por fin llegaron a puerto.

El capitán tomó tierra y corrió al palacio, donde encontró al judío dormido. La princesa estrechó a su marido en un largo abrazo. El mago intentó escapar, pero fue atrapado y le ataron con fuertes cuerdas.

Al día siguiente el judío, atado a la cola de una mula sin domesticar, cargada de nueces, fue repartido en tantos pedazos como nueces había en el lomo de la mula.

[*Traditions Populaires de l'Asie Mineure*, Carnoy et Nicolaidès,
París, Maisonneuve, 1889]³

³ Respetamos el criterio de Andrew Lang de no incluir referencias tan completas como esta, o de no incluir ninguna, ni siquiera el autor. (*N. de los E.*).